

La librería de París

Kerri Maher

**La librería
de París**

Traducción de **Ana María Martínez**

Navona

Primera edición Febrero de 2022
Primera reimpresión Mayo de 2022

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU

Navona Editorial es una marca registrada de Editorial Navona SLU

Aribau 153, 08036 Barcelona

navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch

Edición Xènia Pérez

Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan

Maquetación y corrección Moelmo

Papel tripa Oria Ivory

Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans

Imagen de la cubierta Terry Miura

Distribución en España UDL Libros

ISBN 978-84-19179-01-2

Depósito legal B 20602-2021

Impresión Romanyà-Valls, Capellades

Impreso en España

Título original *The Paris Bookseller*

© Kerri Maher, 2022

Todos los derechos reservados

© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2022

© de la traducción: Ana María Martínez, 2022

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

Pour mes amis, *cercanos y lejanos, viejos y nuevos.*
Habéis hecho posible esta historia.

*«París es tan bonito que satisface
algo en ti que en Estados Unidos
siempre tiene hambre de más».*

ERNEST HEMINGWAY

Índice

Primera parte: 1917-1920	9
Segunda parte: 1921-1922	133
Tercera parte: 1925-1931	237
Cuarta parte: 1933-1936	347

PRIMERA PARTE

1917-1920

«La gente famosa no nació así.
Uno siempre comienza siendo un desconocido».

ADRIENNE MONNIER

Capítulo 1

Era difícil no sentir que París era *el* lugar.

Sylvia había pasado quince años tratando de regresar, después de que la familia Beach hubiera vivido allí, cuando su padre, Sylvester, era el pastor de la iglesia americana en el Barrio Latino y ella, una adolescente romántica que necesitaba algo más que Balzac o *cassoulet*. Lo que más recordaba de aquella época, lo que llevaba en el corazón cuando tuvo que regresar a Estados Unidos con su familia, era la sensación de que la capital francesa brillaba con más intensidad que cualquier otra ciudad en la que hubiera estado o a la que pudiera ir alguna vez. Era algo más que el parpadeo de las lámparas de gas que la iluminaban después del anochecer, o que la piedra blanca, ineludible y resplandeciente, con la que se había construido gran parte de la ciudad: era el esplendor de la vida que burbujeaba en cada fuente, en cada reunión de estudiantes, en cada espectáculo de títeres en los jardines de Luxemburgo y en cada ópera del teatro del Odéon. Era la manera en que su madre chispeaba de vida, leía libros y agasajaba a profesores, políticos y actores, sirviéndoles deliciosos y espléndidos platos a la luz de las velas, en cenas con animados debates sobre libros y acontecimientos mundiales. Eleanor Beach decía a sus tres hijas —Cyprian, Sylvia y Holly— que vivían en un lugar único y maravilloso que cambiaría para siempre el curso de sus vidas.

Nada podía comparársele, ni hacer carteles, telefonar e ir de puerta en puerta con Cyprian, Holly y su madre en representación del Partido Nacional de la Mujer de Nueva York; ni aventurarse sola por Europa; ni deleitarse con los chapiteles y el empedrado de muchas otras ciudades; ni el primer y anhelado beso con su compañera de clase Gemma Bradford; ni ganarse los elogios de los profesores que más le gustaban.

Pero allí se encontraba ahora, viviendo por fin en la ciudad que le había robado el corazón.

Desde la vivienda que compartía con Cyprian en el asombrosamente hermoso, aunque en ruinas, Palacio Real, Sylvia bajó hasta el Pont Neuf y cruzó al otro lado del Sena, respirando el viento procedente del río que azotaba los cortos mechones de pelo en su rostro y amenazaba con apagarle el cigarrillo. Se detuvo en medio del puente para mirar hacia el este y admirar la catedral de Notre Dame, con las torres góticas simétricas que flanqueaban el rosetón y los contrafuertes precariamente refinados, cuya fuerza aún la dejaba atónita: llevaban siglos sosteniendo aquellos gigantescos muros.

Enseguida comenzó a serpentear por las angostas calles del Barrio Latino, que le resultaban familiares de sus vagabundeos adolescentes. Se perdió un poco, pero se alegró porque le dio la oportunidad de admirar la iglesia de Saint-Germain-des-Prés y pedir ayuda a una bonita estudiante francesa que tomaba un *café crème* en una mesa de Les Deux Magots. Por fin se detuvo en el número 7 de la rue de l'Odéon, en el establecimiento de A. Monnier, librera.

La fachada de la pequeña librería de madame Monnier —*ou, peut-être, mademoiselle?*— estaba pintada de un agra-

dable tono gris, con el nombre de la propietaria escrito encima del escaparate con una caligrafía gastada. Sylvia empujó la puerta para abrirla y oyó el alegre tintineo de una campanilla. Entre las estanterías, que llegaban hasta el techo y estaban llenas de libros, había algunas personas leyendo y ojando los lomos; nadie hablaba, por lo que la estancia estaba tan silenciosa como una iglesia vacía. Sylvia se sintió repentinamente tímida, así que echó un vistazo a su alrededor y dejó las preguntas para después.

Se alegró de haberlo hecho, porque descubrió unas bellas ediciones de sus novelas francesas preferidas, y leyó casi todo un cuento en el último número de *Vers et Prose*. Mientras lo hacía, el local cobró vida a su alrededor. Los clientes compraban y la caja sonaba sin parar, y entraron parejas más habladoras que llenaron de sonidos el lugar.

Sylvia sacó de la estantería el libro que había ido a comprar, junto con la revista en la que se había quedado absorta leyendo, y se dirigió hacia el mostrador con la voluminosa caja registradora de latón, donde una impresionante mujer, que tendría la misma edad que ella, sonreía con unos labios delgados y unos ojos de color azul mediterráneo. El contraste entre su piel, blanca como una paloma, y el pelo azabache hacía casi imposible no mirarla. Sylvia oyó en su mente la voz de Cyprian calificando el atuendo de la mujer como anticuado, con la falda larga hasta los pies y la blusa abotonada hasta arriba, ambas barreras excesivamente modestas para la voluptuosa figura que ocultaban. A ella, en cambio, le gustaba la apariencia de aquella mujer; parecía el tipo de persona con la que se podía hablar. Pero sintió algo más: un impulso incontenible de acariciar aquellas mejillas tan suaves.

—¿Has encontrado... lo que deseaba tu corazón? —le preguntó la mujer en un inglés con mucho acento.

—*¿Lo que deseaba mi corazón?* Sylvia sonrió ante el apasionamiento típicamente francés que enmascaraban las sencillas palabras de la mujer. Le contestó en francés:

—Sí, aunque me decepciona que haya sabido que no soy francesa.

Los idiomas eran un regalo para ella: hablaba tres con fluidez. Se alegró de ver que, tan pronto como empezó a hablar, la mujer pareció impresionada por su acento.

—¿De dónde es? —preguntó, esta vez en francés, utilizando el formal *vous*.

—De Estados Unidos. Últimamente de Princeton, Nueva Jersey, cerca de Nueva York. Por cierto, me llamo Sylvia. Sylvia Beach.

La mujer dio una palmada y exclamó:

—*Les États-Unis!* ¡La casa de Benjamin Franklin! ¡Pero si es mi preferido! Soy Adrienne Monnier.

Sylvia se echó a reír: de alguna manera, tenía sentido que aquella chica tan guapa, con ropa pasada de moda, admirara tanto al que también era su padre fundador predilecto. Mademoiselle, desde luego; no tenía nada de madame.

—Encantada de conocerla, mademoiselle Monnier. Su tienda es muy especial. Y a mí también me gusta Ben Franklin —admitió—. Pero ¿ha leído algo de Hawthorne? ¿Y de Thoreau? ¿O quizás *Moby Dick*? Es uno de los libros que más me gustan.

Salieron del local. Sylvia se informó acerca de los autores estadounidenses que habían sido traducidos al francés, y de

lo difícil que era encontrar libros en inglés, incluso en la cosmopolita ciudad de París.

—De cualquier modo —admitió Adrienne con un tímido parpadeo, mirando al suelo—, mi inglés no es lo suficientemente bueno para leer gran literatura en su lengua materna.

—Quizás todavía no —le aseguró Sylvia, sintiendo cómo le latía el corazón y se le ensanchaba dentro del pecho. Ocurría algo más entre ellas, algo que no tenía nada que ver con los libros, estaba segura de ello. Sentía las manos húmedas solo de pensarlo.

—Estás aquí, Adrienne —murmuró una voz melodiosa y encantadora detrás de Sylvia.

Se volvió y vio a una mujer deslumbrante, con una espesa y ondulada melena rojiza, que vestía un conjunto similar al de Adrienne, pero que se ajustaba de una manera completamente diferente a su esbelta figura. Tenía unos dedos largos y delgados que se movían desenfadadamente, como si no estuvieran bajo el control de la mujer que los poseía. Pero, cuando se posaron sobre la mano más pequeña y rellena de Adrienne, Sylvia adivinó la intención y supo de inmediato que las dos mujeres eran amantes.

¡Y ella que pensaba que había estado coqueteando con Adrienne! Ya habían pasado a utilizar el familiar *tu* en lugar del *vous*.

La calidez y la admiración de la sonrisa que Adrienne le regaló a Suzanne, que ahora estaba a su lado, hombro con hombro, abrió una dolorosa fisura en el corazón de Sylvia. Había algo entre aquellas dos mujeres, juntas en aquella librería. Una cosa que ella buscaba desde hacía tiempo, pero que no había sabido que lo deseaba —que lo necesitaba— hasta

que lo vio. ¿Podía hacer que le ocurriese algo así, que le ocurriese a ella? Pero, en realidad, ¿qué era eso? Sylvia se sintió repentinamente desorientada, desequilibrada por el entorno: la tienda, las mujeres, los libros, el murmullo chispeante de los otros clientes.

—Suzanne —dijo Adrienne—, te presento a nuestra nueva amiga, Sylvia Beach, de Estados Unidos. Sylvia, ella es Suzanne Bonnierre, mi socia.

Sylvia extendió la mano con un gesto demasiado efusivo, y a Suzanne le pareció divertido estrechársela.

—Encantada de conocerla, mademoiselle Beach.

—Sylvia, por favor —dijo—. Tenéis una librería estupenda. Es tan acogedora y atractiva... Y solo alberga lo mejor.

Se preguntó por qué Suzanne no formaba parte del nombre de la tienda. Bueno, Monnier y Bonnierre sonaban encantadores, pero, por muy liberales que fuesen en París con aquellos asuntos, supuso que podría haber resultado demasiado obvio. Una noche, Cyprian la había embutido en un traje pantalón y ella misma se había puesto un vestido de lentejuelas; luego se habían envuelto en una capa larga para viajar en metro hasta un bar que acababa de inaugurarse en la rue Edgar-Quinet, donde la totalidad de la clientela eran mujeres y la mitad de ellas llevaban monóculos y polainas. Visto desde fuera, el establecimiento era similar a cualquier otro de la zona, con un pequeño toldo en el que aparecía simplemente la palabra BAR, pero, una vez dentro, la estridente franqueza del local había incomodado a Sylvia. Se había dicho a sí misma que debía relajarse y disfrutar del hecho de vivir en un lugar en el que podía progresar un establecimiento como aquel, en un lugar donde podía ser completamente honesta acerca de

lo que le atraía y donde una mujer con traje de tweed y gorra podía cantar canciones de Billy Murray; incluso estaba protegido por la ley porque las relaciones entre personas del mismo sexo se habían despenalizado durante la Revolución francesa. Pero no le gustaba sentirse como una fruta más en el mercado. La lectora que había en ella prefería la tranquilidad y la sutileza de A. Monnier.

—Vaya, gracias —respondió Suzanne—. Nunca he estado en tu país, pero he escuchado y leído muchas cosas maravillosas sobre él. Ha sido una gran inspiración para Francia, por supuesto.

—Puede que mi país tenga muchas cosas excelentes, pero me alegro de estar aquí —respondió Sylvia. Pensaba en el aumento de la censura en virtud de la ley Comstock y la ley de espionaje, en la larga y precaria lucha por el sufragio femenino y en la escandalosa idea de prohibir el alcohol, que se estaba extendiendo como la pólvora. Daba la impresión de que en Estados Unidos habían arraigado ideas que antes parecían marginales y demasiado excéntricas para tomarlas en serio, mientras que languidecían otras buenas y eficaces que ayudarían al país a avanzar en el nuevo siglo.

—A nosotras también nos alegra que estés aquí —dijo Adrienne sonriendo.

—¡Tienes que venir a la lectura de esta noche! —exclamó Suzanne—. Nuestros queridos amigos Valéry Larbaud y Léon-Paul Fargue estarán aquí. Y Jules Romains. ¿Has leído a estos escritores?

—¡Por supuesto que sí! Sería un honor conocerlos. —La perspectiva también hizo que a Sylvia se le encogiera el estómago. *Jules Romains? Vraiment?* ¿Qué podía decirle ella?

—Vuelve a las ocho. Ya no prestamos atención a los ataques aéreos.

Después de eso, ya no pudo concentrarse en su ensayo sobre España. Sentada en el pequeño escritorio del Palais, no dejaba de percibir el olor a polvo y lavanda que le recordaba a A. Monnier —la librería y la mujer, las dos—, y cada vez que hundía la nariz en las mangas para tratar de encontrar la fuente de aquel aroma, descubría que siempre se le escapaba.

No podía evitar pensar que aquella distracción solo era una señal más de que no estaba destinada a ser escritora, a pesar de que, después de lo que había leído a lo largo de su vida, todos los que la rodeaban, desde sus padres y sus hermanas hasta su mejor amiga, Carlotta Welles, pensaban que lo sería.

—Hay en ti un Walt Whitman —le decía su padre cada vez que llevaba a casa otra nota alta en una redacción escolar—. Estoy seguro de ello.

Pero las redacciones no eran poemas ni novelas. Cuando intentaba escribir poesías o cuentos, todo salía mal. Adoraba a Whitman. Intentar parecerse a él, aunque solo fuese remotamente —o a Kate Chopin o a cualquiera de las hermanas Brontë, por ejemplo—, parecía casi un insulto. No le servía de ayuda que, a medida que se iba haciendo mayor, comenzara a preferir a los escritores que consideraba fieles herederos del legado de Whitman, recitando tan admirablemente sobre ellos mismos y sobre el mundo que a veces, al acabar alguna de sus obras, se quedaba despierta hasta altas horas de la noche preguntándose: *¿Cómo lo consiguen? ¿Cómo pueden llegar tan dentro de mí, asir mi alma y hacerla vibrar de esa manera?* Le había pasado especialmente con *El despertar* de

Chopin y con *Retrato del artista adolescente* de James Joyce. ¡Uy! Solo con pensar en aquellas dos novelas sentía en su interior un hervidero de anhelo, admiración y celos. La exquisita honestidad con la que escribían sobre los cuerpos y sus ansias, y la culpa y las consecuencias de esa necesidad profunda que sentían, sirviéndose de palabras ensartadas en frases inquietantes que encarnaban la naturaleza misma de la confusión interna de los personajes, todo ello la hacía agitarse entre las sábanas.

¿Podría llegar a escribir alguna vez con tanta valentía, sabiendo que su padre, clérigo, a quien quería profundamente, leería cada palabra? Una cosa era que él aceptara tranquilamente su soltería, y tal vez incluso su discreto safismo —porque nunca la había animado a casarse y nunca había cuestionado las amistades femeninas que había tenido, que, al fin y al cabo, habían cubierto todas las posibilidades, desde lo enteramente platónico hasta, en raras ocasiones, lo desgarradoramente íntimo—, pero otra cosa muy diferente sería que escribiese sobre sus deseos con el tipo de honestidad que admiraba en la nueva literatura que empezaba a encontrar en las revistas más progresistas.

¿Sería capaz de escribir sobre sus anhelos más profundos con franqueza, sin traicionarse a sí misma? Podría ayudar a llenar las páginas de su revista preferida, *The Little Review*, que la editora Margaret Anderson se había aventurado a dejar en blanco en 1916: había publicado veintitantas páginas en blanco, y solo un editorial en el que decía que ya no estaba dispuesta a publicar textos que fuesen «bastante buenos»; todo lo que publicara tenía que ser arte de verdad. Arte para rehacer el mundo. Y Sylvia creía con todo su corazón que esa

era la finalidad del arte: crear algo nuevo, provocar cambios, transformar mentes.

Recordó la respuesta de su madre al comentario de su padre sobre Whitman: «O tal vez sea la próxima Elizabeth Cady Stanton». ¿Por qué sus padres tuvieron que elegir zapatos tan grandes para que ella los llenara? ¿Era culpa de ellos que estuviera secretamente celosa del éxito de Cyprian como actriz?

En cierto modo, Cyprian era la razón por la que estaban en París, así que suponía que debía estar agradecida. Su hermana tenía un papel repetitivo en una popular película semanal llamada *Judex*, que era tan conocida que cuando iban juntas por la calle las paraban con frecuencia para pedir autógrafos; de vez en cuando, alguno se lo pedía incluso a ella, suponiendo que sería una actriz prometidora que se había arrimado a la brillante y atractiva estrella. Sylvia suspiraba y pensaba que la relación entre ella y su hermana menor siempre había sido así. Incluso ahora, con treinta años, todavía le irritaba que Cyprian pudiera confiar en su apariencia deslumbrante para llamar la atención, mientras ella se afanaba en bibliotecas y escritorios, esperando que sus palabras y sus ideas pudieran ser descubiertas algún día.

—Siempre son adolescentes y niñas pequeñas —se quejaba Cyprian después de firmar otra servilleta o un posavasos de cartón—. ¿Dónde están los *ducs* y otros admiradores acaudalados?

—Sabes que existen, hermana querida. Son los que te envían Veuve y Pernod al Ritz.

De todos modos, solo quieres la atención masculina por el estatus en sí. Cyprian estaba más dispuesta a unirse a un hom-

bre que Sylvia, que había renunciado por completo a la idea del matrimonio, incluso de un matrimonio de conveniencia que pudiera proporcionarle un medio de vida y cierto camuflaje. Unir su identidad con la de un hombre, aunque fuese con uno que prefiriese compartir la cama con otro hombre, no le atraía en absoluto. Además, se había dado cuenta de que unirse significaba casi siempre someterse. Y a pesar de que Sylvia era una de las pocas personas en el mundo que sabía que su hermana prefería el afecto de las mujeres, a Cyprian le gustaba representar papeles que la favoreciesen y le permitiesen comprar vestidos de Chanel y zapatos italianos, para poder satisfacer el gusto por las cosas refinadas heredado de su madre.

—Si consiguiese un papel en una obra de teatro, podrían enviarme flores al camerino —se lamentaba con frecuencia.

Cuando por fin llegó el momento de regresar a la rue de l'Odéon, Sylvia cogió el metro y se pasó media hora caminando por el patio empedrado que había frente al teatro del Odéon, al final de la calle, fumando un cigarrillo tras otro y ensayando posibles temas de conversación con «escritores famosos», antes de que se dijera a sí misma que se estaba comportando como una tonta y decidiera encaminarse hacia la librería de Adrienne.

En el crepúsculo veraniego, la iluminación del local era suave y la conversación animada. Adrienne y Suzanne caminaban de un lado para otro sirviendo bebidas, palmeando espaldas, provocando risas. Especialmente Adrienne: los otros convidados competían por tener la oportunidad de saludarla. Ella, una verdadera Hestia de los libros, estaba inmersa en una conversación profunda y seria con un pequeño grupo de

personas cuando Suzanne presentó a Sylvia a Valéry Larbaud y Jules Romains. Ambos la besaron en las mejillas como si la conocieran desde hace años.

—Monnier nos ha hablado mucho de ti —le informó Romains—. Dice que eres una buena lectora y que te agradan los trascendentalistas estadounidenses. Me pregunto si también te gusta Baudelaire. Es del mismo periodo pero francés.

—Por supuesto. *Les fleurs du mal* ha sido muy importante en ambos lados del Atlántico —respondió, disfrutando al recibir la aprobación del escritor.

Continuaron charlando un rato sobre la literatura del siglo XIX, una conversación que discurrió con fluidez y que condujo a otros temas: novela y poesía recientes, el final de la guerra y las perspectivas de la literatura en Francia.

¡Vaya! Quizás tanta lectura esté dando frutos finalmente.

El cosquilleo de una mano tocándole suavemente el codo hizo que Sylvia se sobresaltara y derramara un poco del vino que estaba bebiendo. *Adrienne*. Apartó la mirada de Larbaud y Romains y se volvió hacia su anfitriona, que sonrió y la besó en las mejillas, un saludo al que Sylvia correspondió, aunque con los labios demasiado apretados.

—¿Lo estás pasando bien, amiga? —Luego, sin esperar a que Sylvia respondiera, Adrienne clavó los ojos en los dos hombres y dijo—: Confío en que hayáis recibido bien a nuestra nueva amiga estadounidense.

—Muy bien —se apresuró a asegurar Sylvia.

—Y como de costumbre, Monnier —dijo Larbaud—, has añadido un nuevo tesoro a la riqueza que nos rodea.

Parecía imposible que hablaran de ella. O que hubiese estado tan nerviosa apenas una hora antes. Se sentía como en

casa, como si hubiera frecuentado aquel lugar toda la vida. Y, sin embargo, era tan emocionante como una nueva aventura, como si cayera de cabeza hacia lo desconocido.

—¡No te sonrojes, querida Sylvia! —Adrienne se rio—. Sabía que eras un tesoro desde el primer momento en que te vi.

—Bueno, mi hermana es actriz, así que me temo que me he acostumbrado a que sea ella el tesoro.

—¿Actriz? —Romains arqueó una ceja—. ¿Algo que podamos haber visto?

—*Judex*. Es un serial semanal.

Los dos hombres rieron a carcajadas. El vino que habían consumido les había enrojecido las mejillas.

—No les hagas caso —dijo Adrienne, acariciando juguetonamente el brazo de Romains, que trataba de controlarse—. Son unos esnobs de los peores. A mí me gusta mucho el cine; también algunas obras de teatro. No he visto *Judex*. Quizás deberíamos ir a verla.

Ahí estaba otra vez. El *frisson*, el escalofrío. ¿Por qué los franceses tenían palabras tan extraordinarias para la atracción?

—Iremos. A Cyprian le encantaría.

—A Suzanne también le encantará.

Suzanne. ¿Cómo he podido olvidarla?

Y, justamente, allí estaba de nuevo, como convocada por la conversación. Apareció con un beso ligero pero prolongado en la mejilla de Adrienne y un saludo efusivo y familiar a los hombres: recordatorios de que ella era la recién llegada, la forastera; de que, independientemente de la calidez con que la recibiesen, nada de aquello era suyo.

